

La Santa Iglesia enseña a María como gestadora de las heras  
"Gente María Virgo", nos hace cantar a cada paso "cunctas  
heras sola intermisit in universo mundo". Pero, salvo que  
gemos a la palabra "Heretice" un sentido más lato que el que tie-  
ne en el vocabulario teológico, no la podemos tanto como nuestra  
gestión enseñara "predicadora de la fe, gestadora del pagan-  
mo y de la idolatría". Am la venerable Madre Agreda, tan mi-  
niosa en sus revelaciones y visiones, que todo lo examina como  
con un microscopio, y todo lo narra con un lujo de pormenores  
verdadamente admirable, poco o nada nos dice sobre este parti-  
cular. Am describiendo la venida de gentes a España y la apa-  
rición de la Virgen Santísima en carne mortal, cuando fija los  
días y la hora del milagro, y alaba y bendice a la Reina de los  
Ángeles, pasa como sobre cosas sobre este punto tan importante.  
La proclama, en verdad, protectora del Apóstol, gestadora de su  
templo, de su ciudad y de su pueblo predilecto; pero poco dice  
de su propia misión como apóstol.

No nos maravallamos de lo que parece omisión inexplicable.  
Los Apóstoles, como nadie lo ignora, se dividieron el orbe con-  
oído y desconocido, en regiones donde cada uno predicó el Evan-  
gio. El Apóstol de las gentes no se limitó a una comarca, sino  
que llevó más lejos sus peregrinaciones; más tarde vinieron  
otros apóstoles que completaron la obra de los primeros. Los de  
las Indias Orientales, y todos cumplieron admirablemente su ofi-  
cio. De todos es Reina la Virgen Santísima, a quien no-  
sotros llamamos "Regina Apostolorum, Regina Martyrum". A todos  
gozó con su manto, a todos llevó de codo y de caderas inap-  
tiones; pero en una región más todavía: ella fue el verdadero  
ro Apóstol, la maestra y la predicadora. Esta fue la excepción  
gloriosa para los favorecidos, pero que no convenia para pre-  
nar a la faz de la Iglesia universal, y por este motivo, a san-  
tidad y a sus discípulos se ha proclamado Apóstol de España, y  
no a María, que fue la principal y constante predicadora, la que  
gebe el Pilar primero y después gebe los otros santuarios en  
que se le hizo morar, convirtió las Españas a la fe de su Hijo di-  
vino.

No se figura, es cierto, que esta aserción es hija del ego-  
tismo, y que mi devoción exagera. De dos regiones, que fueron  
una sola por varios siglos, fue Apóstol María: de la vieja Espa-  
ña, en que nos encontramos, y de la nueva España de donde ven-  
gamos. Aunque no tuviera tradición que nos autorizara, bastaría  
lanzar una ojeada al mundo contemporáneo para descubrir luego la  
diferencia de los frutos del apostolado de María de los otros  
apóstoles de Jesús, por grandes y santos que hayan sido.

Cuando se cantan las glorias del Pilar, se habla de la multi-  
tud de mártires y confesores que surgieron en este suelo español  
gebe que María se dignó bajar a las orillas del Ebro. Se repi-

ten los versos encantadores de Prudencio, celebrando al diácono-  
Vicente, y a la Virgen Engracia, y a tantos otros cuyos nombres-  
sería imposible enumerar en estos momentos. Se recuerda la cien-  
cia y la virtud de santos prelados como Valerio y Casto, Juan y  
Braulio, y otros sin cuento, que, no por más modernos, son menos  
insignes. Con esto se pone de manifiesto la propagación tan rápi-  
da de la fe de Cristo que siguió a la venida de la Virgen sacro-  
santa.

Esto no basta. Para probar la superioridad del apostolado de-  
María, es indispensable hacer comparaciones, y ver lo que me per-  
mitiré llamar la "intensidad" de la fe predicada por María, pues-  
ta en parangón con la que predicaron los demás Apóstoles. Para  
ésto no es necesario recurrir a antiguas tradiciones ni citar  
historias de los siglos pasados. Bástame como prueba de mis aser-  
tos, señalaros con el dedo a vosotros, egregios prelados, celo-  
sos sacerdotes, piadosos fieles, que habéis acudido de todos  
los ángulos de la vieja España; bástame mostraros a quien ha ve-  
nido de la nueva, no a raíz de la aparición del Pilar o del des-  
cubrimiento de América, sino en pleno siglo vigésimo. Aquí esta-  
mos, con la misma fe ardiente e inquebrantable de Santiago y de  
sus discípulos, después de haber pasado en persona o en la de  
nuestros padres, por las tormentas del arrianismo, del mahometis-  
mo, del protestantismo del siglo XVI, del volterianismo y de la  
revolución, y, por último, del modernismo, que, sin notar lo, nos  
acechaba; pero del cual nos defendimos, aun sin conocerlo.

!Cuántas naciones entre tanto naufragaron en estas borrascas!  
Isla de Santos, poderosa Inglaterra, qué has hecho de la fe de  
Agustín y del venerable Beda, de Lanfranco y Anselmo, de Tomás  
Moro y de los mártires de Tyburn? Es que aunque te gloriabas de  
ser la "dote de María", no fuiste evangelizada por María. La san-  
gre de los heroicos confesores, que después de la defección de  
Enrique VIII venían a recibir las órdenes sagradas en Valladolid  
y en Lisboa, en Roma y en Douai, y volvían a su patria a ser, a  
penas desembarcaban, ahorcados y descuartizados, está produciendo  
opimos frutos, como hemos tenido ocasión de ver los que tuvi-  
mos la dicha de asistir al reciente Congreso Eucarístico en Lon-  
dres. Cien obispos, cinco cardenales, entre ellos el Primado de  
las Españas; un Legado Pontificio, incontables sacerdotes, innu-  
merables fieles, legiones de alumnos de colegios y escuelas cató-  
licas, recorriendo en brillante procesión las calles por donde  
antes se cazaba a todo sacerdote como fiera para llevarlo al su-  
plicio; todo esto fué un espectáculo altamente consolador. Pero  
nos faltó lo principal, y lo que tan ardientemente deseábamos:  
Jesucristo sacramentado presidiendo nuestro cortejo y tomando de  
nuevo posesión de aquella tierra que no pudo conquistar a la fe,  
ni la invencible armada de Felipe II. Nos faltó lo que aquí ve-  
mos a cada paso, con tanta edificación y con lágrimas de placer;  
la multitud de fieles rodeándonos, asaltándonos, haciendo alarde  
de su devoción y de sus creencias. Vimos que aún somos un puñado

ten los versos encantadores de Prudentio, celebrando al dios...  
Vicente, y a la Virgen María, y a tantos otros cuyos nombres  
sería imposible enumerar en estos momentos. Se recuerda la cien-  
cia y la virtud de tantos prebados como Valerio y Gasto, Juan y  
Brulio, y otros sin cuento, que, no por más modernos, son menos  
ingenuos. Con esto se pone de manifiesto la propensión tan rápi-  
da de la fe de Cristo que siguió a la venida de la Virgen sacra-

Esto no basta. Para probar la superioridad del apostolado de  
María, es indispensable hacer comparaciones, y ver lo que me par-  
miere llamar la "intencionalidad" de la fe predicada por María, pues  
ta en parangón con la que predicaron los demás Apóstoles. Para  
esto no es necesario recurrir a antiguas tradiciones ni citar  
historias de los siglos pasados. Basta como prueba de mis aser-  
tos, señalar con el dedo a vosotros, que habéis sido de todos  
los sacerdotes, predicadores fieles, que habéis sido de todos  
los ángeles de la vieja España; bastame mostraros a quien ha ve-  
nido de la nueva, no a raíz de la separación del Pilar o del des-  
cubrimiento de América, sino en pleno siglo vigésimo. Aquí esta-  
mos, con la misma fe ardiente e inquebrantable de Santiago y de  
sus discípulos, después de haber pasado en persona o en la de  
nuestros padres, por las tormentas del arrianismo, del mahometismo  
mo, del protestantismo del siglo XVI, del voltierismo y de la  
revolución, y por último, del modernismo, que, sin notarlo, nos  
acochaba; pero del cual nos defendimos, sin sin conocerlo.

¡Cuántas razones entre tanto naufragaron en estas tormentas!  
Lafa de santos, poderosos, Inglaterra, que ha hecho de la fe de  
Agustín y del venerable Beda, de Lanfranco y Anselmo, de Tomás  
Moro y de los mártires de Tyburn? ¿Es que cuando se glorias de  
ser la "dote de María", no trata evangelizada por María, la san-  
gre de los héroicos confesores, que después de la defecación de  
Eunucio VIII venían a recibir las órdenes sagradas en Valladolid  
y en Lisboa, en Roma y en Donat, y volvían a su patria a ser, a  
penas desembarcaran, ahorcados y desmembrados, está produciendo  
de opimos frutos, como hemos tenido ocasión de ver los que tuvi-  
mos la dicha de asistir al reciente Congreso Eucarístico en Lon-  
dres. Cien siglos, cinco cardenales, entre ellos el Príncipe de  
las Españas; un legado pontificio, incontables sacerdotes, innume-  
rables fieles, legiones de alumnos de colegios y escuelas cató-  
licas, recorriendo en brillante procesión las calles por donde  
antes se caza a todo sacerdote como fiero para llevarlo al su-  
plício; todo esto fue un espectáculo altamente consolador. Pero  
nos faltó lo principal, y lo que tan ardentemente deseábamos:  
testamento sacramental presidido por nuestro cortejo y tomado de  
nuevo posesión de aquella tierra que no pudo conquistar a la fe,  
ni la invencible armada de Felipe II. Nos faltó lo que aquí ve-  
mos a cada paso, con tanta edificación y con lágrimas de placer,  
la multitud de fieles rogadores, asistidos, haciendo alarde  
de su devoción y de sus grandezas. Vimos que aun somos un pueblo

perdido entre la multitud de los que renegaron de la fe, y que -  
pasarán años y quizá siglos antes de reconquistar lo que nos a--  
rrebató la herejía.

Hija primogénita de la Iglesia, patria de aquellos Francos a-  
quienes Dios acostumbra escoger como instrumentos de sus propias  
hazañas: "gesta Dei per Francos", ¿qué has hecho de tu fe y de -  
tu espíritu de apostolado? También fuiste apóstol hace cien años  
en esta tierra bendita, pero apóstol de la revolución. También -  
lo eres ahora, pero de esas teorías que arrojan a Dios del Esta-  
do, y relegan a la Iglesia al fondo del hogar y cargada de gri-  
llos. Es que a tí no te evangelizó en un principio María Santí-  
sima, y si en los últimos años ha bajado a tu suelo, ha sido pa-  
ra tenderte en el naufragio una mano salvadora.

Bastan estos dos ejemplos para mostraros la intensidad de la-  
fe española, debida a María Santísima, predicando primero desde  
el Pilar, y luego desde Monserrat, y volando después desde los -  
montes de Guadalupe a evangelizar la nueva España. Hernán Cortés  
la llevó pintada en sus estandartes, como Don Juan de Austria la  
había llevado a Lepanto; pero no se contentó con esto la Virgen-  
Sacrosanta, que en Alemania con las de luterano, lo que en circun-

En Méjico quiso repetir los milagros del Pilar, y aunque las-  
tradiciones son necesariamente menos antiguas, nos la muestran -  
llevada en alas de los serafines, no sólo una sino cuatro veces,  
dejando su imagen no esculpida como aquí, sino pintada en toco-  
lienzo; hablando, no a un Apóstol, sino a un pobre neófito, pero  
dándole idénticas instrucciones. Allí también se le edifica des-  
de luego una ermita que, con el transcurso de los siglos, se con-  
vierte en suntuosa Basílica; pero sobre todo, allí obra igualmen-  
te, como en la vieja España, el milagro de los milagros, la con-  
versión inmediata y universal de los aborígenes. Allí permanece-  
predicando constantemente desde su santuario y extendiendo la fe,  
sin que permita que se le presente obstáculo serio. Esto ya no -  
lo dicen las tradiciones, sino que lo vemos, lo palpamos los que  
vivimos en este siglo, ni más ni menos que lo veían y palpaban -  
los primeros santos prebados que fueron instrumentos de la cele-  
stial predicadora.

La carta llena de fuego que escribió al Sumo Pontífice Paulo-  
III, el primer Obispo de Puebla de los Ángeles, debiera no sólo  
esculpirse en mármoles y en bronces, sino divulgarse en los li-  
bros escolares y hacerse aprender a los niños con el Catecismo.  
Con qué entusiasmo habla de la gran cosecha evangélica recogida  
en un abrir y cerrar de ojos en la Nueva España. Con qué seguri-  
dad afirma que después de la predicación de los primeros Apóstol-  
es de Jesús no se da otro ejemplo en la historia de la Iglesia  
de tantas conversiones y una evangelización tan rápida. Qué elo-  
gios tan sublimes como merecidos hace de los Reyes Católicos que,  
no por ambición ni por sed de oro y de plata, sino por dilatar -  
el reino de Dios, enviaron tan lejos sus legiones; y vieron sus-  
sacrificios coronados por el éxito más estupendo.

perdido entre la multitud de los que renegaron de la fe, y que  
pasaron años y siglos antes de reconocerse lo que nos a-

Hija primogénita de la Iglesia, patria de aquellos francos a-  
dultos Dios acostumbró sacar como instrumentos de sus propias  
marañas: "esta Dei per francos", ¿qué has hecho de tu fe y de  
tu espíritu de apostolado? También tú estás apostolado hace cien años  
en esta tierra bendita, pero apostolado de la revolución. También  
lo eres ahora, pero de esta teoría que arrojan a Dios del Esta-  
do, y relegan a la Iglesia al fondo del hogar y carga de gri-  
llas. Es que si no te evangelizas en un principio María Santí-  
sima, y si en los últimos años has dejado a tu suelo, ha sido pa-  
ra tenderse en el naufragio una mano salvadora.

Bastan estos dos ejemplos para mostrar la intensidad de la  
fe española, debida a María Santísima, predicando primero desde  
el Pilar, y luego desde Montserrat. Y volviendo después desde los  
montes de Guadalupe a evangelizar la nueva España. Hernán Cortés  
la llevó pintada en sus estandartes, como Don Juan de Austria la  
había llevado a Lepanto; pero no se contentó con esto la Virgen-  
Guadalupe.

En México quiso repetir los milagros del Pilar, y cuando las  
tradiciones son necesariamente menos antiguas, nos la muestran  
llevada en alas de los serafines, no sólo una sino cuatro veces,  
dejando su imagen no esculpida como aquí, sino pintada en fresco.  
¡Habrando, no a un Apóstol, sino a un Apóstol! Pero, ¿cómo  
dando origen a tradiciones. Allí también se le edificó des-  
de luego una ermita que, con el transcurso de los siglos, se con-  
virtió en santuario Basílico; pero sobre todo, allí obra igualmente  
te, como en la vieja España, el milagro de los milagros, la con-  
servación inmediata y universal de los aborígenes. Allí permaneció  
predicando constantemente desde su santuario y extendiendo la fe  
sin que permitiera que se le presentara obstáculo serio. Esto ya no  
lo dicen las tradiciones, sino que lo vemos, lo palpamos, lo  
vivimos en este siglo, ni más ni menos que lo veían y palpaban  
los primeros santos prelados que fueron instrumentos de la cele-  
stial predicación.

La carta llena de fuego que escribió al Sumo Pontífice Fausto  
III, el primer Obispo de Puebla de los Ángeles, debiera no sólo  
escribirse en mármol y en bronce, sino divulgarse en los li-  
bros escolares y hacerse aprender a los niños con el catecismo.  
Con qué entusiasmo habla de la gran cosecha evangélica recolectada  
en un abrir y cerrar de ojos en la Nueva España. Con qué seguri-  
dad afirma que después de la predicación de los primeros Apóst-  
les de Jesús no se da otro ejemplo en la historia de la Iglesia.  
Que tantas conversiones y una evangelización tan rápida. Que esto  
nos tan espléndidos como mensajeros hace de los Reyes Católicos que  
no por ambición ni por sed de oro y de plata, sino por dilatar  
el reino de Dios, enviaron tan lejos sus legiones; y vieron sus  
sacerdotes coronados por el éxito más estupendo.

Con tal predicadora, no podía menos de quedar arraigada la fe  
tan profundamente como en la vieja España. La nueva ha pasado -  
por crisis, no tan numerosas, pero sí mas violentas, y sin embar-  
go, la fe permanece inquebrantable, y la Iglesia, aunque al són-  
de sus cadenas, canta las alabanzas del Señor y de la Virgen que  
la consuela en su trono de Guadalupe, ni más ni menos que desde  
su Pilar de Zaragoza. Quién pudiera trazar la historia de los --  
diez y nueve siglos que han transcurrido desde la venida de San-  
tiago y de la Virgen Santísima a España, y referiros uno a uno -  
los milagros con que la ha defendido de los asaltos manifiestos-  
o encubiertos de las legiones de Lucifer? Siendo esta tarea supe-  
rior a mis fuerzas y vuestra paciencia, me contentaré con recor-  
daros algunos rasgos de su vigilancia maternal.

Trillada es la frase de San Jerónimo, que hubo tiempo en que-  
gimió el orbe entero y se admiró de que profesaba, sin darse ---  
cuenta, las heréticas doctrinas de Arrio. "Ingemuit orbis totus-  
et se esse Arianum miratus est". Sin discutir sobre la interpre-  
tación que debe darse a estas palabras del Santo Doctor, os diré  
que en una parte de España llegaron a ser literalmente ciertas.-  
Pero aquí no sucedió lo que en Inglaterra con las doctrinas de -  
Wicklef, lo que en Alemania con las de Lutero, lo que en otras -  
muchas regiones con las de otros célebres heresiarcas. Aquí esta-  
ba arraigada la fe predicada por la Virgen desde el Pilar de Za-  
ragoza; aquí hubo doctores que combatieron con la pluma, guerre-  
ros que lucharon con la espada y fieles que se atrincheraron con  
la resistencia pasiva. Aquí no faltó un príncipe que sellara con  
su sangre su fidelidad a la Iglesia, y fácil fué arrancar de cua-  
jo y para siempre los errores arrianos.

Mil veces más terrible fué el asalto del mahometismo, y toda-  
vía con mayor brillo resaltó la protección de la Virgen a su pre-  
dilecto templo del Pilar. ¡Parece increíble! Las más venerandas-  
imágenes tuvieron que esconderse en profundas cuevas, en escarpa-  
das sierras, en troncos de árboles, entre zarzas y espinas para  
librarlas de las profanaciones de los moros. En medio de tantos-  
estragos, ni la Iglesia del Pilar fué derribada, ni la milagrosa  
columna hecha pedazos, ni la celestial imagen profanada. En tan-  
ta desolación, la Reina de Zaragoza permaneció inmóvil en su tro-  
no; desde allí veló por sus hijos, y desde allí libró sus órde-  
nes a su predilecto Apóstol Santiago, ni más ni menos que cuando  
vino en carne mortal. Pero esta vez no fueron mandatos de edifi-  
car un templo los que le diera, ni una bendición que para predi-  
car lo alentara, la que trazó su mano divina. No: grito de gue-  
rra profirieron sus dulcísimos labios, y apareció Santiago en su  
celestes corcel; y esgrimiendo su espada fulmínea, obedeció en --  
Clavijo, como quien era, las órdenes de Nuestra Reina y Señora.-  
Las cumplió de un modo menos visible en otras cien batallas, y  
consumó su obra restauradora entrando con la católica Isabel en  
Granada. ¡Apóstol invicto! Dignate revelármelo en este fausto --  
centenario. ¿Recibiste idénticas órdenes hace cien años? ¿Esta-  
bas, por ventura, al lado del indomable Palafox cuando su valor-